

2

Demandas ciudadanas sobre calidad democrática

Diversas circunstancias sociales y políticas están contribuyendo a suscitar un debate muy vivo sobre la calidad de la democracia. Una ciudadanía cada vez más activa, formada y preocupada, reclama nuevos mecanismos participativos y garantías para que la voluntad de la mayoría sea respetada en las prácticas de gobierno.

No se trata, pues, de un asunto de escasa importancia, ya que las tendencias de desafección política, de malestar social y de frustración de expectativas pueden llevar a escenarios inflamables, ante los que es necesario tener muy claro qué es lo que reclaman realmente los electores para mejorar el funcionamiento de la democracia, y para que se logre responder más fielmente a lo que desean y necesitan.

La problemática de la calidad de la democracia está muy presente en nuestras sociedades de manera subyacente, compleja y, en ocasiones, problemática, como evidencia el número considerable de noticias y acontecimientos que dejan la sensación de que muchas cosas se podrían hacer mejor, de manera más democrática e implicativa.

Los hechos indican que vivimos en una época de grandes potencialidades para perfeccionar la democracia. Por experiencia, por formación y madurez de la población y por recursos disponibles, tenemos al alcance de la mano la posibilidad de avanzar hacia mayores cotas de participación e implicación ciudadana, en sociedades abiertas, en las

que las cuestiones públicas puedan debatirse y acometerse con criterios de racionalidad y de mayor corresponsabilidad.

1. LOS NUEVOS ESPACIOS DE LA DEMOCRACIA

Los países desarrollados cuentan con ciudadanos maduros, que en su inmensa mayoría no suelen estar envenenados por odios atávicos —como ocurría hasta hace unas décadas—, ni se sienten abocados a guerras insuperables. Son personas que quieren convivir en paz y que han asumido los valores democráticos como algo que no está en discusión. Si a esto añadimos los avances de la revolución tecnológica y el desarrollo económico alcanzado, hay muchas razones para convenir que nos encontramos —o nos debiéramos encontrar— en los umbrales de cambios importantes en el perfeccionamiento de la democracia¹. Lo cual tendría que dar lugar a un razonable optimismo histórico.

Si contemplamos el presente con suficiente perspectiva temporal, debemos reconocer que los desarrollos democráticos ya alcanzados han sido un hito importante en el progreso de la humanidad. Hace dos siglos nuestros tatarabuelos vivían en sociedades en las que, si no formaban parte del reducido grupo de los nobles y privilegiados, tenían que vivir en condiciones de precariedad social y económi-

¹ El debate sobre el perfeccionamiento de la democracia está dando lugar a una bibliografía muy amplia sobre esta materia. Véase, por ejemplo, José Félix Tezanos (ed.), *La democracia postliberal*, Madrid, Editorial Sistema, 1996; José Félix Tezanos, *La democracia incompleta. El futuro de la democracia postliberal*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002; Alfonso Guerra y José Félix Tezanos (eds.), *La calidad de la democracia*, Madrid, Editorial Sistema, 2009; Philippe C. Schmitter, *La democracia en crisis y en transición, pero no en declive*, Revista Sistema, núm. 238, Madrid, abril 2015, págs. 3-15; José Félix Tezanos, *Neoliberalismo, socialismo y democracia*, revista Sistema, núm. 145-146, septiembre 1998, págs. 17-33; Philippe C. Schmitter, *El diagnóstico y el diseño de la democracia*, revista Sistema, núm. 203-204, Madrid, 2008, págs. 45-53; José Félix Tezanos, *Nuevos retos y desarrollos de la democracia en el siglo XXI*, Revista Sistema, núm. 203-204, Madrid, 2008, págs. 3-20; Pedro Jesús Pérez Zafrilla, *¿Participación directa o delegada? Una respuesta al aparente dilema de la democracia deliberativa*, Revista Sistema, núm. 214, Madrid, 2010, págs. 103-118; Óscar Pérez de la Fuente, *La paradoja de la democracia deliberativa y del discurso de las virtudes cívicas*, Revista Sistema, núm. 229, Madrid, 2013, págs. 91-110; Jorge Rodríguez Guerra, *La tensa compatibilidad entre capitalismo y democracia o la «democracia restringida»*, Revista Sistema, núm. 232, Madrid, 2013, págs. 21-35, etc.

ca y carecían de los derechos, libertades y oportunidades que hoy consideramos más elementales. Por ello, los avances para superar la lógica subordinada del *señor* y el *siervo* deben ser valorados como formidables. Nuestras sociedades son sociedades en las que todos somos *señores* y nadie se ve obligado a vivir atemorizado, subyugado o arrodillado. Aunque, a veces, bastantes ciudadanos se ven extrañados y excluidos, y se sienten ajenos a determinados procesos políticos y a ciertas decisiones que influyen sustancialmente en el devenir político y económico cotidiano de nuestras sociedades y nuestras familias.

En los últimos lustros también se ha progresado notablemente en la extensión de los sistemas democráticos en todo el Planeta, de forma que a principios del siglo XXI la mayoría de los países de la ONU pueden ser calificados como democracias. Aunque no en todos los países se ha alcanzado el mismo grado de calidad democrática².

¿Significa todo esto que hemos llegado a la culminación de los tiempos históricos y a la consolidación de todo lo que puede suponer la democracia? Los teóricos del fin de la historia han sostenido que estamos ante algo parecido. Pero lo cierto es que su opinión está muy sesgada, ya que, junto a avances innegables, también existen otros ámbitos y otras sociedades en las que no se ha progresado de la misma manera y al mismo ritmo. Y existen también relaciones de *poder* impuestas, desigualdades extremas y situaciones de asimetría social que hacen que muchos ciudadanos no compartan el optimismo histórico que sería de esperar.

Las encuestas sociológicas muestran que durante los primeros lustros del siglo XXI se ha estado debilitando el optimismo histórico y

² Véase *The Economist Intelligence Unit. Index of Democracy*. Dicho índice se basa en los datos de 167 países, de los cuales, en 2012, 25 podían ser considerados como democracias plenas, 54 democracias imperfectas (en algún aspecto), 37 regímenes híbridos y 51 regímenes autoritarios. En el informe de 2012, España ocupaba el puesto 25 (por delante de Francia, Portugal, Italia, Grecia, etc.), con un índice de 8,02, en comparación con un 9,93 de Noruega, un 9,73 de Suecia, un 9,65 de Islandia, un 9,52 de Dinamarca, etc. Sin embargo, en 2015, el número de «democracias plenas» quedó reducido a 20, ascendiendo el de «democracias imperfectas» a 59, permaneciendo 37 como «regímenes híbridos» y 51 como «regímenes autoritarios». Es decir, tiende a disminuir el número de «democracias plenas» (en un 20%). En 2015, España ascendió al puesto 17 (por delante de Estados Unidos, Italia, Japón, Bélgica, Francia, etc.), con un índice de 8,30, algo superior al de 2012 (Véase *The Economist Intelligence Unit. Democracy Index 2015: Democracy in an age of anxiety*, The Economist, Londres, 2016).

han cundido sensaciones de desánimo y de malestar, que a veces dan la cara en reacciones de rechazo, como en diversos sucesos recurrentes que apuntan hacia un aumento de la desafección política. Por eso, se habla de un «malestar de la democracia» y de una «crisis de la condición ciudadana»³. En los medios de comunicación y en los libros sobre estas cuestiones es frecuente encontrar expresiones como: los «déficits de la democracia», «la democracia incompleta», la «crisis de legitimidad política», la «oligarquización de las democracias», los escasos «rendimientos de la democracia», las «democracias zombi», las «democracias heridas», las «democracias híbridas», «los populismos cuestionan la democracia», etc.

Un conjunto de hechos y tendencias explican que la opinión pública esté impregnada de perplejidad y de sentimientos de desconfianza y extrañamiento político. Solo a partir de tales componentes se pueden comprender resultados como los de la Encuesta del Milenio, que efectuó el Instituto Gallup en 1999, con una muestra de 57.000 entrevistas, realizadas en 60 países democráticos, y que arrojó datos inquietantes. En concreto, un tercio de los encuestados consideraban que sus países «no estaban gobernados por la voluntad del pueblo», al tiempo que solo uno de cada diez opinaban que tenían un «gobierno que respondía verdaderamente a la voluntad de la población».

Bastantes ciudadanos tienen apreciaciones críticas y a veces políticamente distanciadas, mezcladas con exigencias de más calidad de la democracia. Paradójicamente, todo esto coincide con actitudes de resignación ante determinados acontecimientos y regresiones, como las restricciones en derechos y libertades, la persistencia de hechos como Guantánamo, los campos de internamiento de inmigrantes, los déficits democráticos funcionales, como la famosa «prohibición» del recuento de votos en Florida en las elecciones presidenciales norteamericanas de 2000, que luego se supo que fueron favorables a Al Gore (pero que se tradujeron en la Presidencia de George Bush II), la ventaja de Hillary Clinton sobre Donald Trump en cerca de tres millones de votos populares (pese a lo cual se atribuye la victoria a Trump), o la compra de escaños —como en el lamentable episodio

³ Véase, en este sentido, recientemente, José Luis Pardo, *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*, Madrid, Anagrama, 2016.

de la Comunidad de Madrid en 2003, que abrió paso a la Presidencia de Esperanza Aguirre—. Por no hablar de ciertos comportamientos irregulares y sorprendentes, por llamarlos de alguna manera, en el interior de algunos partidos políticos.

A todo esto se unen las corrupciones políticas y la perpetración de guerras en contra de la opinión pública mundial, y sin atender a Naciones Unidas, como la de Irak, o la «descarada» interferencia de grupos económicos y de comunicación muy concretos en la labor de los gobiernos y de los partidos, como si de un ejercicio de «cuotas» de poder se tratara, por no hablar del incumplimiento de las promesas y compromisos electorales por parte de determinados líderes políticos.

No es extraño que, ante estas situaciones, algunos ciudadanos reaccionen con desánimo. ¿Cómo se pueden corregir tales corrupciones y disfunciones de la democracia? ¿Cómo evitar las vicarizaciones económicas? ¿Y las interferencias e intoxicaciones desmedidas de algunos medios de comunicación social? ¿Cómo lograr que una opinión pública no mediatizada cuente más en la fijación de los objetivos políticos y en los proyectos de gobierno? ¿Cómo garantizar que se cumplan los programas? —se preguntan muchos ciudadanos perplejos.

A todo esto hay que añadir los problemas de escala, es decir, la disonancia que actualmente existe, por un lado, entre los grandes ámbitos globales que resultan prácticamente inalcanzables e ininfluenciables por parte de los ciudadanos normales, pero donde se deciden las *grandes cuestiones* que afectan a nuestro futuro y, por otro lado, los ámbitos más próximos (como los municipios), donde resultan más factibles experiencias participativas o de influencia e intercomunicación ciudadana, pero que tienen menor alcance práctico.

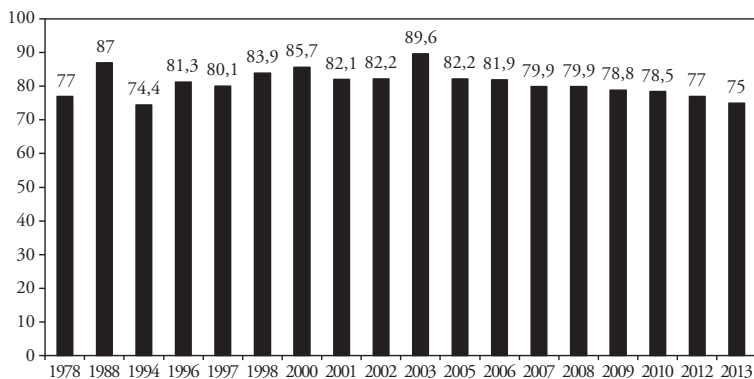
La existencia de percepciones críticas y distanciadas no implica que la democracia no se considere en sí misma como algo valioso e insustituible, como se puede constatar ampliamente en las encuestas de opinión política, aunque con un cierto declinar que no debe minusvalorarse (Véase gráfico 2.1)⁴. Pero, al mismo

⁴ No deja de ser significativo, en este sentido, que desde 2003 hasta 2013, por ejemplo, en España la proporción de quienes consideran que la democracia es el mejor sistema político haya

tiempo que la democracia se entiende como algo positivo en sí mismo, se piensa que algunas cosas se están deteriorando y otras podrían hacerse mejor, de manera más perfeccionada, más democrática. Lo que contribuye a alentar nuevos debates sobre la calidad de la democracia.

Estamos, por lo tanto, ante recelos, pesimismo y desafecciones críticas que, de momento no afectan mayoritariamente a la lógica de la democracia en sí, sino a la manera en la que funciona o no funciona, con mayor o menor calidad en un determinado momento. Es decir, lo que se plantea actualmente no es la perspectiva de regímenes no democráticos —como ocurrió en algunos países durante la crisis de los años treinta del siglo pasado—, sino todo lo contrario. Lo que se demanda hoy en día son democracias que funcionen mejor, que no estén limitadas y condicionadas o vicarizadas por grandes poderes económicos o por instancias que no están sometidas a escrutinio público. En definitiva, lo que muchos piensan es que las carencias de la democracia no se solucionan con menos democracia, sino con más y mejor democracia.

GRÁFICO 2.1.—*Evolución de la proporción de españoles que consideraran que la democracia es el mejor sistema político para España (%)*



Fuente: CIS, Banco de datos. Varios años. Elaboración propia.

descendido 14 puntos y medio (de un 89,6% a un 75%).

Esto hace que el debate sobre la calidad de la democracia concierna a múltiples dimensiones de la sociedad, y a la manera en la que operan los poderes en la era de las globalizaciones asimétricas.

2. LA CIUDADANÍA ACTIVA

La conciencia de que es necesario avanzar hacia mejores democracias se explica en buena medida —y se potencia— debido al desarrollo de una nueva conciencia ciudadana activa, que coincide, paradójicamente, con importantes procesos de deterioro de los lazos sociales y políticos, como la crisis del asociacionismo y las tendencias de retraimiento electoral y desafección política, especialmente entre ciertos sectores sociales y generacionales.

Los déficits de confianza política están dando lugar al surgimiento de nuevas exigencias y comportamientos ciudadanos que difieren de los patrones institucionalizados propios de los modelos de democracia representativa establecida, que se han sustentado, en gran medida, en prácticas delegativas que exigían un alto grado de confianza de los representados en unos representantes elegidos cada cuatro o más años. Esa confianza en el principio delegativo es la que se está erosionando en muchos lugares, debido a razones muy concretas.

Desde la perspectiva de la segunda década del siglo XXI, la impresión de muchos ciudadanos es que el funcionamiento práctico de la democracia, y la forma en la que se está haciendo frente a la crisis económica y a las derivas desigualitarias y precarizadoras, está especialmente afectado por poderes e intereses que imponen una lógica socioeconómica que produce costes sociales especialmente graves —e inasumibles— a sectores cada vez más amplios de la población. Y para imponer dicha política —que tan buenos réditos proporciona a unos pocos— se está deteriorando la lógica de los equilibrios sociales y políticos. Es decir, se está prescindiendo del sentido de la equidad social y se están desconociendo las bondades y ventajas de la cohesión como garantes de la paz, la estabilidad y la buena funcionalidad política.

El resultado práctico de tales políticas está conduciendo a la rudeza inmisericorde de las sociedades divididas y fracturadas⁵. Y esto se hace cada vez en mayor grado con malos modos y malas prácticas políticas. Con *malos modos*, es decir, con arrogancia y con visos autoritarios y desconsiderados hacia las personas, cuando gobiernan partidos de la derecha, o formaciones nucleadas en torno a grandes magnates. Y con *malas prácticas* cuando son elegidos gobernantes progresistas. A estos se les intenta engatusar, presionar, intimidar e, incluso, se les descalifica, o se les denigra en su caso, o bien se presiona para rodearles de asesores y colaboradores de ideas contrarias a las inicialmente propuestas («los que saben y tienen prestigio», se dice). Y, en su caso, se les condiciona y amenaza... Así hasta que se pliegan a cambiar las propuestas programáticas con las que concurrieron inicialmente a las urnas. Esto es lo que está ocurriendo con diferentes líderes, cuyos cambios de rumbo suelen ser acogidos con grandes aplausos en aquellos medios de comunicación social que operan en la onda del poder establecido y sus intereses. ¡Qué poco importa que inmediatamente después buena parte de los electorados socialistas y progresistas terminen pagando a esos líderes con la misma moneda, retirándoles sus apoyos!

No se trata de hacer juicios radicales o de verter opiniones simplificadas sobre hechos aislados, sino que estamos ante situaciones y tendencias persistentes y constatables, que forman parte de una larga cadena de desencuentros electorales, que se traducen en una práctica demasiado habitual de incumplimientos programáticos indisimulados, alentados y propiciados por poderes que no están teniendo en cuenta los costes que todo esto causa en la credibilidad de ciertos líderes y partidos. Y, por lo tanto, también en la estabilidad funcional de los actuales sistemas de representación política en su conjunto, en los que se están dando alas a los populismos y los extremismos que se están beneficiando del malestar existente.

⁵ Sobre esta dinámica societaria, véase, por ejemplo, José Félix Tezanos, *La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; *El trabajo perdido. ¿Hacia una civilización postlaboral?*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, Madrid, Editorial Sistema, 2001; José Félix Tezanos (ed.), *Los nuevos problemas sociales*, Madrid, Editorial Sistema, 2012; José Félix Tezanos, Eva Sotomayor, Rosario Sánchez Morales y Verónica Díaz, *En los bordes de la pobreza*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013; etc.

Algunos «poderes» llevan años intentando inclinar la balanza del lado de sus intereses, con una lectura bastante unilateral y parcial de ellos —y escasamente inteligente e inclusiva—, entrometiéndose en los partidos progresistas, alentando erosiones y cambios de liderazgo, y apoyando a aquellos líderes más «desideologizados» y «ambiguos», que son más susceptibles de ser asesorados e influidos.

Si se analizan todas estas tendencias con un mínimo de objetividad, es factible comprender hacia dónde puede conducir tal secuencia de intromisiones, vicarizaciones, malas políticas, malas maneras y malas prácticas. Como no podía ser de otra manera, al final los hechos son tozudos y «pasan factura», con la consecuencia de que muchos ciudadanos cada vez están más defraudados e indignados ante tantos desequilibrios socioeconómicos y laborales, y ante tales prácticas políticas. Por eso, si no hay cambios en este sentido, se podría propiciar una doble quiebra sistémica: del sistema económico establecido —que no acaba de estabilizarse ni de levantar cabeza— y de la credibilidad en la democracia como forma positiva y transparente de convivencia pacífica y civilizada.

Las expresiones descalificadoras que se vierten en muchas manifestaciones de descontento social son un reflejo bastante expresivo del descontento que se está gestando, a causa de la doble crisis —económica y política— que padecen muchas sociedades.

Por ello, las tendencias de desafección política y de tensión social no debieran ser despreciadas ni subvaloradas, en la medida que el modelo actualmente estableciendo no solo está manifestando signos de disfuncionalidad en sus resultados económico-sociales y en su sostenibilidad, sino que, además, resulta inasumible para amplias mayorías sociales, que cada vez están menos dispuestas a quedarse de brazos cruzados, resignados ante lo que entienden que es un negro porvenir y una grave afrenta —incluso una regresión— para sus derechos y oportunidades.

Las valoraciones negativas sobre las condiciones económicas y laborales de nuestras sociedades van acompañadas, en muchos casos, de críticas paralelas sobre los «rendimientos» de los sistemas políticos establecidos, que algunos entienden que ya no son tan «adecuados», en la medida que posibilitan unos resultados económicos y sociales lesivos para un buen número de ciudadanos. Por eso, las protestas,

las «mareas» reivindicativas, las huelgas y los conflictos —si no hay cambios políticos— van a ir en ascenso, en cantidad e intensidad, en una dinámica reactiva que puede ser bastante problemática.

Después de una etapa de perplejidad, retraimiento y desconfianza pasiva hacia los cauces y formas políticas establecidas, y de irritación sorda por los incumplimientos electorales y por los problemas sociales y laborales, se está entrando en una nueva fase de surgimiento de una *ciudadanía activa* y no resignada, que pugna por encontrar nuevos cauces y mecanismos directos y evaluables para la expresión de sus reivindicaciones (de autodefensa en muchos casos) y para el establecimiento de nuevas barreras y mecanismos de protección cívica.

Lo que caracteriza a los nuevos *ciudadanos activos* es que ya no tienen suficiente confianza —sin más y por sí solo— en los mecanismos y procedimientos clásicos de democracia delegativa periódica (cada cuatro o cinco años), y quieren tener mayor protagonismo y mayores garantías de que se van a cumplir las promesas electorales y los compromisos políticos, y se van a tener en cuenta sus derechos y necesidades. Además, no se fían de manera activa. Es decir, no se conforman con refunfunar y protestar en voz baja y de manera aislada, sino que tienden a organizarse y a movilizarse para defender sistemáticamente y de forma multidimensional y dinámica sus derechos y reivindicaciones. Como están haciendo las «mareas» en España. Con protestas en los centros de trabajo, con manifestaciones constantes, con acciones en los tribunales, mediante cartas, propuestas legislativas, documentos y estudios, etc., que se realizan desde plataformas bastante abiertas y plurales de profesionales y usuarios de determinados sectores (de la Sanidad, de la Educación, de la Administración Pública, etc.). Iniciativas a través de las que ya están logrando algunos éxitos concretos, con resoluciones judiciales específicas, con cambios —y/o paralizaciones— en iniciativas gubernamentales, etc.

Los gérmenes del nuevo tipo de *civismo activo* que está surgiendo en nuestras sociedades pueden traducirse, de manera más o menos estable y exitosa, o bien temporal o fallida, en nuevas formas de hacer política, en nuevas formaciones, o en reformas y cambios internos importantes en algunos partidos ya establecidos. Partidos que, en cualquier caso, deberán demostrar en la práctica hasta qué punto son capaces de representar los nuevos anhelos y reivindicaciones.

En cualquier caso, más allá de los primeros tanteos y experiencias, lo importante es el fondo de unas nuevas culturas políticas, que conforman el embrión de pautas políticas diferentes, así como de nuevas posibilidades de desarrollo y perfeccionamiento de la democracia.

Lo cual es especialmente importante, tanto en lo que concierne a los aspectos microscópicos como a los macroscópicos de la vida política, ya que de la autenticación y buen funcionamiento democrático van a depender las posibilidades futuras, tanto de una razonable armonía y paz social, como de una superación positiva de los otros dos grandes retos sistémicos que tienen las sociedades de nuestro tiempo: la corrección de las grandes desigualdades y procesos de exclusión social, que apuntan hacia *sociedades divididas*, y la superación de la crisis de los *trabajos perdidos*, es decir, del paro creciente y de la precarización laboral en expansión, tal como ha sido analizado con cierto detalle en sus mutuas conexiones en la trilogía sobre *la desigualdad, el trabajo y el poder*⁶.

Para cerrar el círculo de problemas, disfunciones y riesgos societarios analizados en dicha trilogía, solo faltaba encontrar el motor y el papel de un protagonismo activo por parte de los sujetos sociales que encarnan los principales problemas de nuestro tiempo: ese papel vehicular puede ser el de la nueva *ciudadanía activa* que está surgiendo. Por ello es tan importante lo que está ocurriendo en muchas de nuestras sociedades.

3. NUEVAS ACTITUDES Y DEMANDAS POLÍTICAS

Los debates sobre la calidad de la democracia, si quieren ser útiles y operativos, deben sustentarse en datos concretos y contrastados que permitan conocer qué plantea realmente la opinión pública en este terreno, en las circunstancias específicas de las sociedades del siglo XXI.

En este sentido, resultan especialmente pertinentes los datos de la investigación sociológica sobre la calidad de la democracia realizada

⁶ Además de *La sociedad dividida*, ob.cit., dicha trilogía está integrada por *El trabajo perdido. ¿Hacia una civilización postlaboral?*, ob.cit.; y *La democracia incompleta. El futuro de la democracia postliberal*, ob.cit.

en el marco del estudio sobre *Tendencias Sociales de Nuestro Tiempo*, que desarrolla el GETS (Grupo de Estudio sobre Tendencias Sociales) desde 1995, y que en el caso específico que nos ocupa ha supuesto la realización de cinco grandes Encuestas sobre esta materia⁷.

Lo primero que se constata en dicha investigación es que la población española mantiene un escaso interés por la política, es decir, por la política actual⁸. El bajo grado de asociacionismo (no solo político) apunta hacia un contexto de debilidad de los lazos sociales que ratifica —en el caso de España a gran escala— tesis como las de Putnam sobre la crisis del *capital social y político*⁹.

El escaso grado de implicación asociativa de los españoles es consecuencia de un doble proceso perceptivo negativo: por un lado, de confianza escasa y declinante en las instituciones políticas y en los cauces establecidos y, por otro lado, de convicción de que el poder y la influencia real en las sociedades actuales es detentado por otras instancias, y discurre por otros cauces diferentes a los que los ciudadanos tienen a su alcance. Por eso, se pueden entender las sensaciones de frustración e impotencia, y por eso será difícil alcanzar nuevas cotas de confianza y credibilidad si no se emprenden desarrollos democratizadores que resulten creíbles, factibles, operativos y equilibradores.

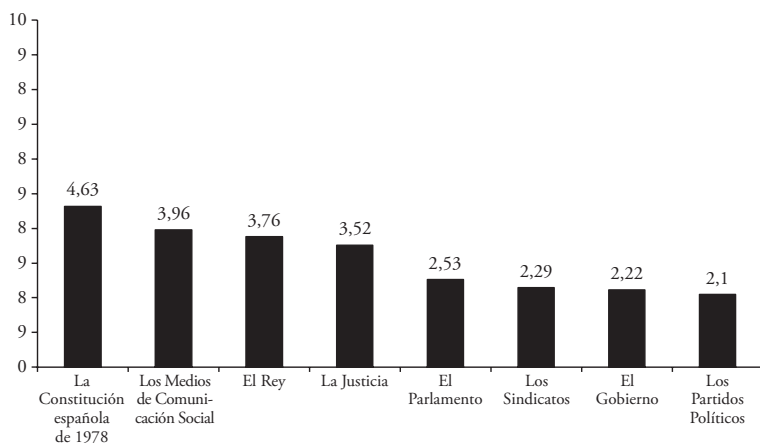
Las valoraciones que realizan los ciudadanos sobre las principales instituciones y referencias políticas españolas han llegado a niveles mínimos de apreciación en todos los casos, incluyendo la Constitución, el Rey y los Medios de Comunicación Social (véase gráfico 2.2). No obstante, las valoraciones son especialmente bajas en lo que concierne a los Sindicatos, el Gobierno y los Partidos Políticos, que apenas superan los dos puntos de media sobre diez.

⁷ Se trata de Encuestas basadas en muestras representativas de la población española mayor de 18 años, que implican la realización de 1.700 entrevistas domiciliarias y que son efectuadas con un alto grado de rigor en las 17 Comunidades Autónomas de España. Para muestras de esta amplitud, los márgenes teóricos de error, para un nivel de confianza del 95,5% en distribuciones 50/50%, son de $\pm 2,4$.

⁸ Véase José Félix Tezanos, «Los retos de la calidad de la democracia», en *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 253, julio 2014, págs. 3-38.

⁹ Véase, en este sentido, por ejemplo, Robert D. Putnam, *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon & Schuster, 2000; y José Félix Tezanos, *La democracia incompleta*, ob.cit., capítulo 3.

GRÁFICO 2.2.—*Valoración de las principales instituciones y referencias políticas en España (Medias de puntuación sobre 10)*



Fuente: GETS, *Encuesta sobre Tendencias Sociales*, 2013.

Se trata de niveles de valoración pública que reflejan una crisis de confianza muy intensa y extensa, que concierne también a ámbitos políticos que en principio no debieran estar afectados por los desgastes lógicos que sufren las instituciones que se encuentran empeñadas en las políticas cotidianas, y en las que la buena o la mala marcha de los acontecimientos suele dejar improntas negativas acusadas.

El hecho de que la Constitución y el Rey —que están al margen de las contiendas entre partidos— hayan llegado a merecer en España valoraciones tan bajas (4,63 y 3,76, respectivamente) revela que estamos ante un fenómeno de desgaste de carácter bastante general.

Igual ocurre con los Medios de Comunicación Social, cuyo papel y pluralidad (al menos teórica) tendrían que operar como una cierta barrera de protección contra los procesos de desgaste. Algo similar podría decirse también respecto a la Justicia, que como poder «independiente» debe quedar prevenido de cualquier sesgo partidario, susceptible de ser objeto de desgaste.

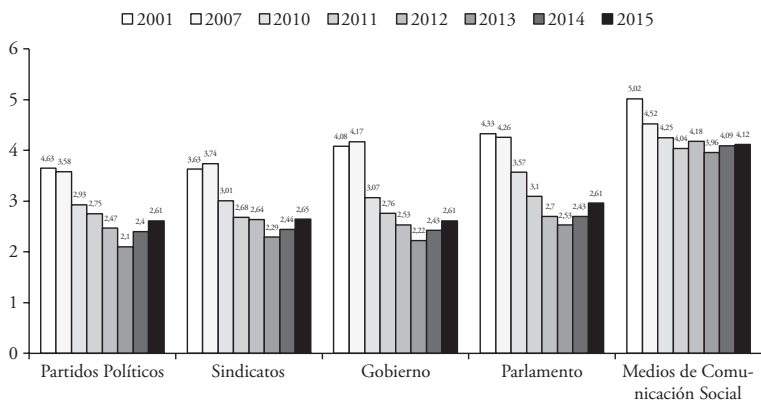
Pero lo cierto es que en todos estos casos nos encontramos ante desgastes que en buena parte obedecen a una politización de tales instituciones, como es el caso de la Justicia y de los Medios de Co-

municación Social (que muchos ciudadanos consideran que están demasiado sesgados en una dirección) y, en otra parte, responden a la influencia general de un estado crítico de opinión que está alcanzando un carácter sistémico y global.

Los datos de las Encuestas del GETS —coincidentes con las del CIS— revelan que el proceso de agudización de las valoraciones críticas se ha producido en un período de tiempo bastante acotado (véase gráfico 2.3). En particular, desde 2001 hasta 2015 los Partidos Políticos han descendido en valoración en 1,04 puntos, los Sindicatos en 0,98, el Gobierno en 1,47, el Parlamento en 1,37 puntos y los Medios de Comunicación Social en 0,9 puntos.

Las valoraciones sobre los principales líderes políticos han seguido una secuencia de evolución descendente similar, al margen de las orientaciones políticas particulares de cada uno. Lo cual incide en el carácter sistémico que está adquiriendo el proceso ante el que nos encontramos y que nos obliga a preguntarnos: ¿hasta qué niveles de valoración negativa se podrá llegar si las cosas continúan evolucionando como hasta ahora, y si no hay innovaciones que den lugar a un cambio importante en las apreciaciones ciudadanas?

GRÁFICO 2.3.—Evolución de la confianza que tienen los españoles en una serie de instituciones políticas (Medias sobre 10) (%)



Fuente: GETS, Encuestas sobre Tendencias Sociales, varios años.

Pregunta: En general, ¿podría valorar de uno a diez la confianza que Ud. tiene en estos momentos en —los partidos políticos, los sindicatos, el Gobierno, el Parlamento, los Medios de Comunicación Social—, entendiendo que el 10 representaría la máxima confianza y el 1, la mínima confianza?

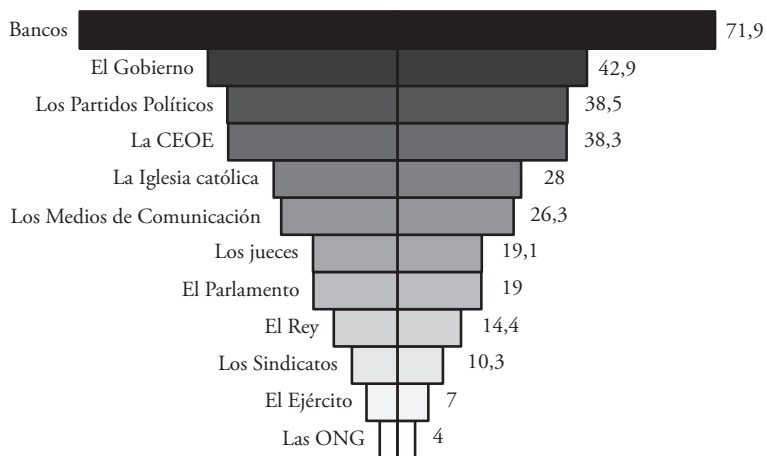
4. LA ESTRUCTURA DE PODER Y SUS IMÁGENES

Uno de los correlatos de la crisis valorativa sobre las principales instituciones políticas se encuentra en la propia manera en la que los ciudadanos entienden que se plasma la estructura del poder y opera la lógica de la influencia en las sociedades de nuestro tiempo. En este sentido, junto a los déficits globales de representación a los que hemos hecho referencia, hay que añadir la propia manera en la que se ejerce y se distribuye el poder. Aun sin considerar las tendencias generales de globalización de los poderes.

Así, de manera recurrente, en las encuestas las apreciaciones de los españoles dibujan una pirámide (invertida) del poder en cuya cúspide se sitúan los Bancos y los grandes grupos empresariales y comunicacionales, y en cuya base se encuentran organizaciones de representación social, como los sindicatos y las ONG (véase gráfico 2.4).

No deja de ser llamativo que en esta peculiar pirámide del poder el Parlamento aparezca en un modesto octavo puesto, pese a que la Constitución española especifica que este órgano es, precisamente, el depositario de la soberanía popular y la máxima instancia de representación emanada de las urnas. El hecho de que solo un 19% de los encuestados hagan mención al poder del Parlamento, en comparación con un 71,9% a los Bancos —es decir, ¡casi cuatro más!— indica que algo raro está sucediendo en la vida política de países como España. O, al menos, en las percepciones públicas sobre la vida política.

GRÁFICO 2.4.—*La pirámide del poder en España en 2015 (Apreciaciones sobre quién tiene mucho poder) (Respuesta múltiple) (%)*



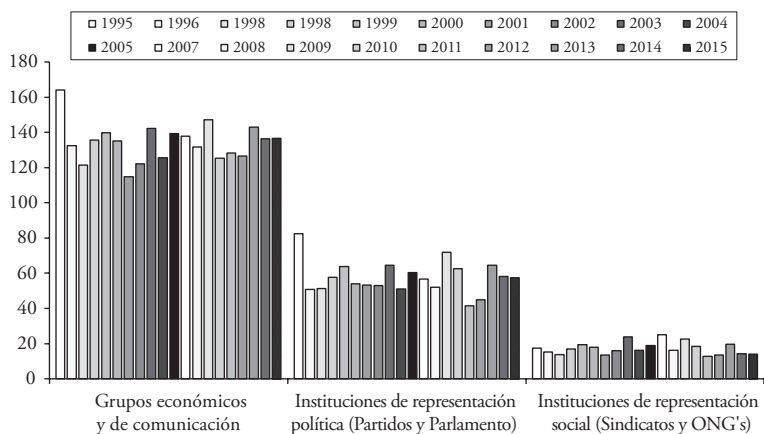
Fuente: GETS, *Encuesta sobre Tendencias Sociales*, 2015.

Pregunta: A continuación vamos a citarte una serie de instituciones. Nos gustaría saber si, en tu opinión, actualmente, tienen mucho poder, bastante poder, regular, poco poder o ningún poder.

También resulta peculiar que la Iglesia católica, los Medios de Comunicación Social y ¡hasta la Justicia, como tal!, aparezcan con una percepción de mayor poder e influencia que el Parlamento español.

En su conjunto, los grupos económicos y de comunicación llegan a acumular una apreciación de poder que es 2,4 veces superior a la que se atribuye a las instituciones de representación política (Partidos y Parlamento) y ¡nada menos que 9,8 veces más que la atribuida a las instituciones de representación social consideradas (Sindicatos y ONG)! (véase gráfico 2.5). Lo cual nos sitúa ante una imagen bastante precisa del grado de asimetría alcanzada, según la opinión pública.

GRÁFICO 2.5.—*Evolución de las percepciones globales comparadas sobre el peso político de las grandes instancias de poder y representación (suma de los que creen que tienen mucho poder) (%)*



Fuente: GETS, *Encuestas sobre Tendencias Sociales*, varios años.

A nivel internacional, la preponderancia de los poderes económicos tiende a reforzarse —lógicamente— cuando grandes magnates, como Silvio Berlusconi o Donald Trump, logran organizar movimientos políticos y plataformas electorales importantes en torno suyo, e incluso ganan formalmente elecciones. Por eso, para algunos ciudadanos tales hechos son la demostración más palpable y directa —sin intermediarios— de que aquellos que gastan grandes sumas de dinero para alcanzar poder e influencia, al final son capaces de llegar a la cima de los poderes establecidos. Y de hacerlo, incluso, sin disimular. Es decir, el célebre axioma democrático de «un hombre, un voto», en nuestras sociedades parece que tiende a sustituirse por el hecho práctico de «un euro (o un dólar), un voto; muchos euros (o dólares), muchos votos».

5. LA MEJORA DE LA DEMOCRACIA

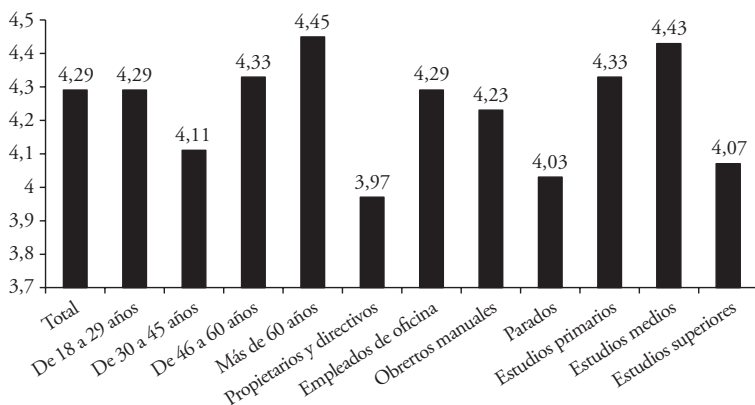
En el libro *La democracia incompleta* se analiza detalladamente la manera en la que las plasmaciones históricas concretas de democracia que se conocen en nuestro tiempo pueden ser objeto de procesos de desarrollo y perfeccionamiento institucional y operativo que conduzcan a un desenvolvimiento más completo del ideal democrático. Un ideal que se ha ido traduciendo y plasmando socialmente poco a poco, con avances, y a veces retrocesos, especialmente a lo largo de los dos últimos siglos de la historia de la humanidad, en una dinámica de conquistas que han sido extraordinariamente positivas y en la que, lógicamente, aún quedan metas por cubrir y etapas por avanzar. De ahí lo apasionante de nuestro tiempo histórico.

Cuando se publicó dicho libro (en 2001) eran bastantes las tendencias y los datos empíricos concretos que apuntaban la pertinencia de esta orientación. Hoy en día, los datos y exigencias que avalan tal perspectiva se han multiplicado y se han decantado mucho más claramente, como revelan —entre otras— las Encuestas realizadas por el GETS desde entonces.

La primera exigencia de esta necesidad de afrontar un desarrollo democrático viene de las propias valoraciones y exigencias de la opinión pública, que aquí vamos a analizar en su secuencia lógica. Empezando por la valoración general que se hace sobre la democracia actual en España, nos encontramos con una puntuación media de suspenso alto (4,29), que alcanza cotas más bajas (4,11) entre las personas de edades intermedias (entre 30 y 45 años), entre los parados (4,03) y entre los propietarios, empresarios y directivos (3,97), así como y entre los que tienen estudios superiores (4,07) (véase gráfico 2.6).

En segundo lugar, sobre la manera en la que opera la democracia en España solo un 16,1% piensa que funciona razonablemente bien, en tanto que una mayoría notable del 77,5% cree que existen problemas de representación política que requieren reformas (véase tabla 2.1).

GRÁFICO 2.6.—*Valoraciones sobre la calidad actual de la democracia en España por edad, ocupación y estudios (Media de puntuaciones sobre 10)*



Fuente: GETS, *Encuesta sobre Tendencias Sociales*, 2013.

Pregunta: En general, ¿podría valorar de 1 a 10 la calidad actual de la democracia en España? (Entendiendo que el 10 es lo mejor y el 1 lo peor).

Especialmente apreciable resulta la coincidencia en la necesidad de reformas entre los hombres (79,6%) y, sobre todo, entre los españoles de edades intermedias: un 82,6% entre los que tienen entre 30 y 45 años y un 80,5% entre los que tienen entre 46 y 60 años, así como entre los que han cursado estudios medios (85,5%) y superiores (82,8%).

TABLA 2.1.—*Opiniones sobre la forma en la que funciona la democracia en España por sexo y edad (%)*

	Total	Hombres	Mujeres	De 18 a 29 años	De 30 a 45 años	De 46 a 60 años	Más de 60 años
Creer que funciona razonablemente bien	16,1	14,9	17,3	11,3	14,3	15,5	20,9

Creer que existen problemas de representación política que requieren reformas	77,5	79,6	75,4	79,8	82,6	80,5	68,5
Otras respuestas	0,5	0,5	0,6	0,4	0,6	0,7	0,4
No saben /dudan	5,2	4,0	6,2	8,2	1,6	2,7	9,4
No contestan	0,8	1,0	0,6	0,4	1,0	0,7	0,8

Fuente: GETS, *Encuesta sobre Tendencias Sociales*, 2013.

Pregunta: ¿Cree Ud. que España es un país donde la democracia funciona razonablemente bien, o donde existen problemas de representación política que requieren reformas?

En tercer lugar, desde una perspectiva más personal y directa, solamente un 14,3% de los ciudadanos se declaran satisfechos con las posibilidades que tienen de participar en las cuestiones políticas y de que sus opiniones sean tenidas en cuenta (véase tabla 2.2). Como contraste, un 60,9% manifiestan que les gustaría que hubiera más formas y posibilidades de participar. Proporción que es aún más alta entre los hombres (63,8%), entre los que tienen entre 30 y 45 años (68,2%) y entre los menores de 30 años (65,4%), así como entre los que han cursado estudios superiores (74,9%).

TABLA 2.2.—*Satisfacción con las posibilidades de participar en cuestiones políticas en España por sexo y edad (%)*

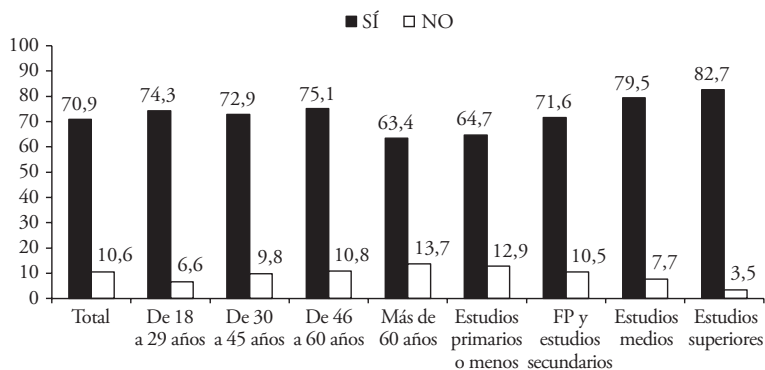
	Total	Hombres	Mujeres	De 18 a 29 años	De 30 a 45 años	De 46 a 60 años	Más de 60 años
Satisfechos con las posibilidades actuales de participar	14,3	13,5	15,0	12,8	12,9	12,8	17,6
Les gustaría que hubiera más formas y posibilidades de participar	60,9	63,8	58,1	65,4	68,2	64,1	48,5
No les interesa participar	15,5	13,8	17,2	13,6	12,9	14,8	19,8
No saben /dudan	5,6	5,1	6,0	5,8	2,9	3,8	9,6
No contestan	3,8	3,8	3,7	2,3	3,1	4,5	4,5

Fuente: GETS, *Encuesta sobre Tendencias Sociales*, 2013.

Pregunta: En general, ¿está Ud. satisfecho con las posibilidades que tiene actualmente de participar en las cuestiones políticas y de que sus opiniones sean tenidas en cuenta?

El último punto de esta secuencia analítica lo encontramos en la identificación de aquellos ciudadanos que, en términos concretos, sostienen que es necesario mejorar el sistema democrático en España. Ciudadanos que representan una proporción del 70,9% (véase gráfico 2.7). Magnitud que es aún mayor entre los más jóvenes (74,3%), entre los sectores de edades intermedias (75,1%) y, sobre todo, entre los que tienen estudios medios (79,5%) y superiores (82,7%). En este caso, la educación resulta una variable especialmente relevante, existiendo una secuencia progresiva casi perfecta, que da lugar a que a mayor nivel educativo mayor sea la apreciación de que resulta preciso mejorar el sistema democrático establecido.

GRÁFICO 2.7.—*Opiniones sobre si es necesario mejorar el sistema democrático en España por edad y estudios (%)*



Fuente: GETS, *Encuesta sobre Tendencias Sociales*, 2013.

Pregunta: ¿Ud. cree que habría que mejorar el sistema democrático actual en países como España?

6. DEMANDAS DEMOCRATIZADORAS

La última fase de la investigación del GETS sobre la calidad democrática consistió en identificar las medidas concretas que los ciudadanos consideran que podrían tomarse para mejorar el funcionamiento político en países como España. Para lograr esta información en las encuestas se formuló una pregunta abierta, de posible respuesta múltiple, en la que los entrevistados eran requeridos a aportar todo lo que consideraran oportuno. En encuestas domiciliarias, con bases muestrales tan amplias como las realizadas (más de 1.700 entrevistas), no es fácil obtener y sistematizar toda esta información. Pero se trataba de un reto que bien merecía la pena y, por eso, se hizo el esfuerzo correspondiente, obteniendo una información muy amplia y rica en matices (véase tabla 2.3).

En realidad, la identificación de una batería tan amplia y diversa de sugerencias y propuestas democratizadoras revela que existen «ganas y posibilidades».

La secuencia de propuestas y sugerencias democratizadoras formuladas a lo largo del tiempo es bastante similar, con algunas inflexiones y matices que luego reseñaremos. Las principales líneas de actuación sugeridas se pueden agrupar en dos grandes bloques: en primer lugar, las cuestiones que conciernen a las condiciones en las que se realiza la actividad política; aspecto en el que el acento fundamental se pone en la honradez y la transparencia, y muy en particular en la necesidad de «expulsar» de la política a los políticos corruptos; asunto que mencionan expresamente un 43% de los encuestados (véase cuadro 2.1). Todas estas referencias suman un 98% de opiniones acumuladas.

TABLA 2.3.—*Evolución de las principales propuestas democratizadoras formuladas por los españoles (Respuesta múltiple)*

	2001	2004	2006	2010	2013
Más honradez	23,4	22,2	33,2	27,57	28,9
Más participación ciudadana, democracia directa	12,0	10,9	12,5	18,86	20,9
Más diálogo y debate político	10,1	16,3	11,9	11,01	9,6
Erradicar el terrorismo	17,7	13,6	11,8	6,69	4,6
Hacer referéndums	7,8	10,9	10,8	8,94	15,6

DEMANDAS CIUDADANAS SOBRE CALIDAD DEMOCRÁTICA

77

Más igualdad social, más políticas sociales	10,9	8,7	9,1	6,81	12,2
Más mujeres en puestos de responsabilidad	4,8	5,4	7,6	3,29	4,8
Elevar la cultura política	7,7	9,6	7,2	5,54	6,8
Transparencia en la financiación de los partidos	3,7	3,7	6,6	9,11	10,1
Más poder para las asociaciones	4,5	4,3	5,2	4,38	5,2
Evitar el poder de los grupos económicos	4,6	3,1	4,3	6,00	10,1
Establecer presupuestos participativos		3,3	3,7	2,48	5,0
Listas abiertas en las elecciones	3,2	2,2	3,7	2,08	8,5
Revitalizar la vida local	2,4	3,6	3,5	2,94	4,2
Más transferencias de competencias a Comunidades Autónomas	2,5	3,3	2,8	3,06	1,8
Papel más activo del Estado	2,1	1,9	2,8	1,67	1,9
Elecciones primarias	2,2	1,9	1,7	2,88	4,1
Más poder para el Parlamento	2,3	1,9	1,7	1,04	0,8
Hacer consultas políticas por Internet	1,1	1,9	1,7	2,19	2,7
Potenciar el papel del Senado	0,7	1,2	1,6	0,46	0,9
Democratizar las Instituciones Europeas	1,5	1,2	1,6	0,69	0,6
Menos poder para los Medios de Comunicación Social	1,6	1,5	1,6	1,04	1,7
Ir hacia un Estado federal	1,5	1,6	1,2	1,33	1,7
Otras respuestas	10,5	13,4	3,1	18,34	11,4
Ninguna. No proponen nada	4,8	2,4	3,7	1,56	0,5
NS/NC	24,8	25,5	22,7	20,47	10,0

Fuente: GETS, *Encuestas sobre Tendencias Sociales*, varios años.

Pregunta: ¿Qué medidas o iniciativas le parece a Ud. que podrían tomarse para mejorar el funcionamiento de la democracia en estos momentos en países como España? (No sugerir respuestas; anotar todo lo que se diga; posible respuesta múltiple). Insistir: ¿Algo más?

En segundo lugar, se hace referencia a la necesidad de mecanismos y procedimientos orientados a desarrollar la democracia directa y a tener más en cuenta la opinión de los ciudadanos, con referéndums, debates públicos, presupuestos participativos, etc. Este tipo de propuestas suman un 94,9% de las sugerencias no ponderadas. En este ámbito hay que hacer notar que solo un 8,5% de los encuestados mencionan las listas abiertas y

CUADRO 2.1.—Principales líneas de actuación identificadas por la opinión pública española para intentar mejorar el funcionamiento de la democracia (Respuestas múltiples y abiertas)

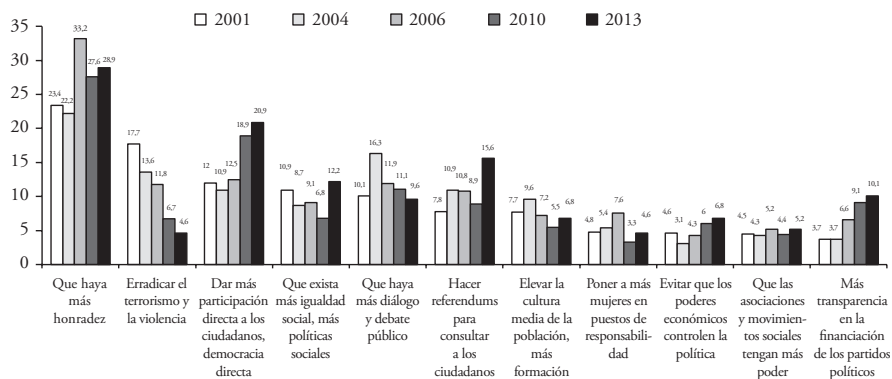
Cuestiones relacionadas con las condiciones en que se realiza la actividad política	Cuestiones relacionadas con una mayor participación e implicación	Cuestiones relacionadas con la necesidad de una mayor igualdad social	Cuestiones concernidas con la estructuración territorial de la vida política	Cuestiones que conciernen al papel del Parlamento
<ul style="list-style-type: none"> Erradicar a los políticos corruptos (43,0%) Más honradez (28,9%) Más transparencia en la financiación de los partidos (10,1%) Transparencia de la Monarquía (7,8%) Acabar con el terrorismo y la violencia (4,6%) Papel más activo del Estado (1,9%) Que los Medios de Comunicación Social tengan menos poder (1,7%) 	<ul style="list-style-type: none"> Más participación, más democracia directa (20,9%) Tener más en cuenta la opinión de los ciudadanos (17,0%) Hacer referendums (15,6%) Más diálogo y debate público (9,6%) Listas abiertas (8,5%) Más poder para las asociaciones y movimientos sociales (5,2%) Presupuestos participativos (5,0%) Más mujeres en puestos de responsabilidad (4,8%) Elecciones primarias en los partidos políticos (4,1%) Hacer consultas por Internet (2,7%) Tener más en cuenta a los ciudadanos (0,9%) Obligar a los políticos a cumplir las promesas (0,6%) 	<ul style="list-style-type: none"> Más igualdad social, más políticas sociales (12,2%) Que los poderes económicos no controlen la vida política (10,1%) Elevar la cultura media de la población (6,8%) Más igualdad ante la ley (0,6%) Otros aspectos sociales (0,6%) 	<ul style="list-style-type: none"> Más poder a los Ayuntamientos (4,2%) Más competencias para las Comunidades Autónomas (1,8%) Ir hacia un Estado Federal (1,7%) Desarrollar las Instituciones Europeas (0,6%) 	<ul style="list-style-type: none"> Potenciar el papel del Senado como Cámara Territorial (0,9%) Dar más poder al Parlamento (0,8%) Eliminar el Senado (0,4%)
TOTAL	94,9%	30,3%	8,3%	2,1%

Fuente: GETS, Encuesta sobre Tendencias Sociales, 2013.

un 4,1% las elecciones primarias en los partidos, orientándose la gran mayoría de las preferencias hacia mecanismos de participación más amplios y regulares, más conectados al «día a día».

En tercer lugar, se encuentran las cuestiones relacionadas con la necesidad de una mayor igualdad social, como contexto general necesario para la autentificación democrática. Enfoque que se incardina claramente con el concepto de «ciudadanía social» de Marshall y otros autores. Las propuestas que apuntan en esta dirección suman un 30,3%, reflejando la sensibilización que existe actualmente ante las cuestiones sociales.

GRÁFICO 2.8.—*Principales medidas o iniciativas que se piensa que podrían tomarse para mejorar el funcionamiento de la democracia en estos momentos en países como España (% que las mencionan)*



Fuente: GETS, *Encuestas sobre Tendencias Sociales*, varios años.

Finalmente, aparecen en menor grado otras cuestiones conectadas con la estructuración territorial de la vida política (un 8,3%), y con el papel del Senado y del Parlamento, que solo son mencionadas en su conjunto por un 2,1%.

Amén del mayor énfasis puesto en la lucha contra la corrupción, hay que advertir sobre dos cuestiones que apenas se habían registrado

en las cuatro Encuestas anteriores del GETS sobre esta temática: la conveniencia de actualizar y cambiar la Constitución y la necesidad de pedir más transparencia a la Monarquía.

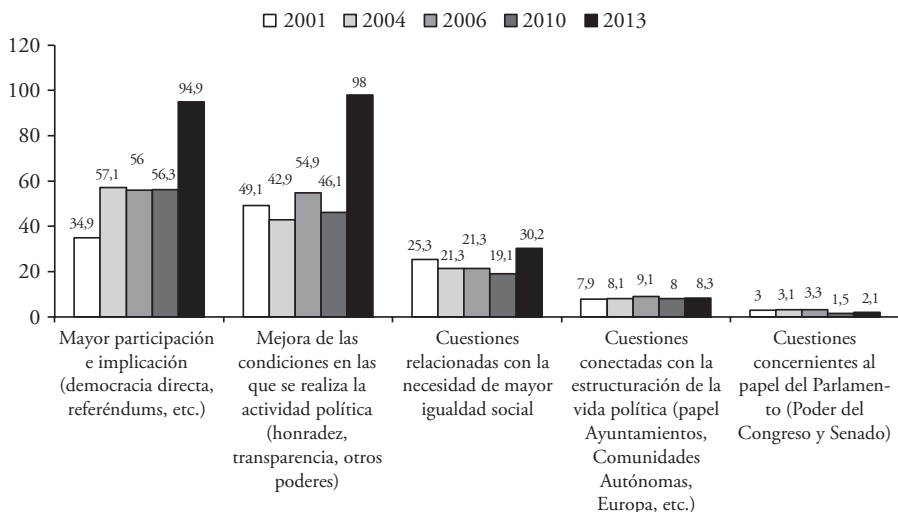
La pauta general de evolución de las medidas e iniciativas propuestas desde 2001 (véase gráfico 2.8), además de la erradicación de los políticos corruptos —que desborda cualquier comparación—, denota un progresivo énfasis en la necesidad de dar más participación directa a los ciudadanos (asunto que pasa del 12% en 2001 al 20,9% en 2013), así como el mayor énfasis en la transparencia en la financiación de los partidos políticos (que crece del 3,7% al 10,1%). También aumenta apreciablemente la propuesta de hacer referendums para consultar a los ciudadanos (que sube del 7,8% al 15,6%, duplicándose).

Es decir, lo que más tiende a reforzarse son las propuestas de ampliación de los cauces e instancias participativas, no debiéndose subestimar tampoco la acentuación de una mayor sensibilidad social (lograr más igualdad) y las prevenciones económicas (evitar el control de la política por los poderes económicos).

En cambio, otro tipo de propuestas tienden a ser menos mencionadas, como «poner más mujeres en puestos de responsabilidad», debido verosíblemente a los avances alcanzados en este campo. Especialmente relevante resulta también la drástica disminución de las demandas de «erradicación del terrorismo y la violencia» de la vida política, que han retrocedido desde el 17,7% de 2001 a solo un 4,6%. Lo que se conecta, obviamente, con la desaparición de la violencia de ETA.

Desde un punto de vista agregado (véase gráfico 2.9), y en relación a los cinco conjuntos de cuestiones indicadas en el cuadro 1, destaca el notable crecimiento de las demandas ciudadanas vinculadas con una mayor participación y una democracia directa, así como las que conciernen a la demanda de honradez y transparencia en la vida política, seguidas a cierta distancia, comparativamente, por las exigencias que vinculan la mejora de la democracia a una mayor igualdad social.

GRÁFICO 2.9.—*Evolución de la identificación ciudadana sobre los principales elementos para mejorar la democracia (agregaciones)*



Fuente: GETS, *Encuestas sobre Tendencias Sociales*, varios años.

En contraste con estas propuestas, los problemas de estructuración de la vida política y el reparto de competencias y papeles entre unas y otras instancias de representación, ocupan una posición mucho más secundaria y prácticamente estancada, o incluso en retroceso.

Desde una perspectiva más de fondo, los datos del GETS revelan que una parte apreciable de los ciudadanos se encuentran «desencantados» y son poco proclives al activismo político organizado. Especialmente porque no ven claras sus posibilidades de hacer algo efectivo y concreto y porque tienen una visión bastante crítica de la situación actual de muchos partidos políticos.

Es decir, la evolución de las actitudes y posiciones de muchos ciudadanos¹⁰ apuntan hacia una situación política caracterizada por el debilitamiento de las inclinaciones a implicarse en los cauces clá-

¹⁰ Véase, en este sentido, José Félix Tezanos, «Los retos de la calidad de la democracia», ob.cit., págs. 3-38.

sicos de participación que se les ofrecen en la democracia formal, al tiempo que aumenta la propensión a participar en diferentes actos de protesta y movilización crítica (huelgas, manifestaciones, documentos de reclamación, etc.).

A partir de estos datos y perspectivas se hace evidente que estamos ante una dinámica política crítica que requiere plantear seriamente qué es lo que habría que hacer para revitalizar la democracia actual, en una perspectiva de autenticación y desarrollo participativo que permita recuperar la confianza perdida.

7. LOS HORIZONTES DE LA DEMOCRACIA

En la mayor parte de las sociedades de nuestro tiempo, estamos ante un conjunto de datos y tendencias que permiten hablar de un cierto fenómeno de *fatiga de la democracia*, que tiene lugar, paradójicamente, en un momento de avances formidables en otros campos. ¿Está sucediendo algo similar a lo que acontece con la fatiga de los materiales, debido al transcurso del tiempo?

Durante la Gran Depresión, en los años treinta, se experimentaron también alteraciones y tensiones políticas de gran intensidad. Se trata, pues, de algo que suele acompañar a los efectos negativos de las grandes crisis económicas y societarias. Pero ahora se está produciendo una fatiga debida no a los déficits de cultura democrática, a la falta de confianza en determinados valores políticos, como ocurrió en los años de la Gran Depresión, en los que se llegó a hablar del surgimiento de una «personalidad autoritaria», desarrollándose incluso indicadores como la «Escala F» o de «fascismo» (por T. Adorno y otros analistas), sino que ahora las tensiones se deben en buena medida a mayores exigencias democráticas, de más y mejor democracia, con demandas ciudadanas de calidad democrática y social que reflejan una creciente sensibilidad pública hacia los criterios de calidad.

Estas tendencias políticas se añaden a una serie de malestares sociales de diverso tipo, que hacen que no debamos contemplar lo que está sucediendo en el plano político como algo aislado, sino como parte de la incidencia general de los tres grandes retos de nuestra eta-

pa histórica, en su interconexión mutua, tal como se analiza en la ya referida trilogía sobre el poder, el trabajo y la desigualdad¹¹:

Para comprender la situación que se está viviendo en nuestras sociedades (y no dramatizarla en exceso de manera negativa o incluso nihilista) es necesario contemplar en toda su amplitud la evolución histórica de la democracia. Evolución en la que se han producido continuos progresos que han sido muy positivos y han tenido lugar en muy poco tiempo. Por eso, se puede decir —con Winston Churchill— que, con todo, la democracia es —y continúa siendo— el sistema menos imperfecto de gobierno que se conoce. Menos imperfecto y más perfectible, en la medida que es un modelo propio de sociedades abiertas, en las que resultan posibles cambios y mejoras. Algo que parece que todavía no entienden bien algunos de los anatemizadores de la profundización de la democracia.

La democracia, en realidad, se tiene que entender como un ideal, como un horizonte hacia el que se avanza y no como un *totus* definitivo ya alcanzado. Por eso se ha venido experimentando una evolución democrática en paralelo a la conquista de la ciudadanía en varias etapas: la ciudadanía civil, la ciudadanía política (con varias subetapas) y la ciudadanía social (Marshall). Ahora estamos atravesando una etapa de retrocesos en las conquistas propias de la ciudadanía social, acompañada de cierta crisis, a la vez, de la ciudadanía política y de explicitación de la necesidad de una nueva etapa de «ciudadanía económica» que implique garantías de poder tener un trabajo o una actividad socialmente útil, que permita el acceso a los ingresos necesarios y a una razonable seguridad vital¹².

¿Por qué se avanza y cómo se ha avanzado históricamente en el desenvolvimiento de las conquistas propias de la democracia? Se

¹¹ En estos tres libros (*La sociedad dividida*, *El trabajo perdido* y *La democracia incompleta*, ops. cit.) se analizan las desigualdades y los problemas de exclusión (que hay que erradicar), la crisis del trabajo-empleo (que hay que superar) y los déficits democráticos, que exigen dar respuesta a las insatisfacciones políticas y afrontar los retos del desarrollo democrático.

¹² Véase, en este sentido, José Félix Tezanos, «La libertad de los iguales», en José Félix Tezanos (ed.), *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, Madrid, Editorial Sistema, 1999 (segunda edición actualizada y ampliada de 2004), págs. 777-794; y José Félix Tezanos, «Exclusión social, democracia y ciudadanía económica. La libertad de los iguales», en *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración. Asuntos Sociales*, núm. 75, 2008, págs. 17-29.

avanza estimulados por la conciencia de las *necesidades* (que son sentidas y que en cierto momento se concretaron, por ejemplo, en reclamar partidos políticos, prensa libre, Parlamentos, etc.), y por las *demandas* específicas existentes (que son suscitadas a partir de las carencias, las insuficiencias y las apreciaciones de un incorrecto funcionamiento de lo existente).

En nuestros días, estamos en un momento de explicitación y acentuación de nuevas demandas y necesidades que resulta concordante con la evolución democratizadora anterior, y que forma parte de un proceso secuencial lógico. En estos momentos, no avanzar en la profundización democrática supondría en realidad quedarse estancados, e incluso retroceder. No hay, pues, que extrañarse, ni sorprenderse —ni mucho menos asustarse— ante lo que está ocurriendo en nuestras sociedades, por muy negativos que parezcan los augurios y algunas valoraciones y actitudes críticas.

En circunstancias como las actuales es necesario efectuar diagnósticos precisos de la realidad, como se hace en las enfermedades o en otros procesos problemáticos, considerando los datos objetivos de la situación y entendiendo que, en cierto modo, estamos ante una especie de enfermedad política multidimensional o multicausal, que requiere análisis y diagnósticos complejos, y la suficiente amplitud mental.

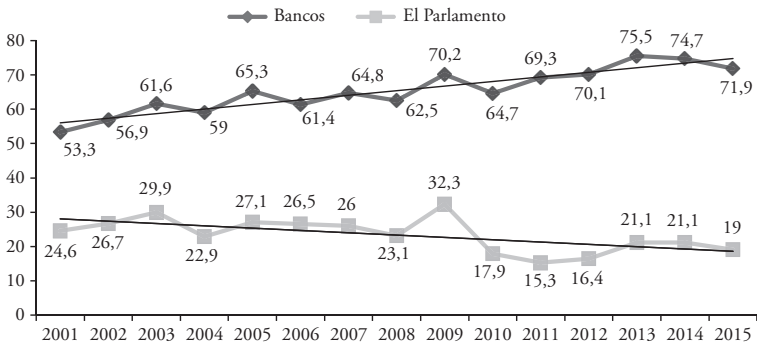
Los principales signos y datos sobre las necesidades y problemas actuales en esta materia se pueden encontrar en buena medida en las informaciones empíricas que proporcionan encuestas como las del GETS, así como en los resultados electorales y en otras tendencias sociopolíticas concurrentes. En un análisis de este tipo hay que tener en cuenta, al menos, seis tendencias básicas:

- Las tendencias de retraimiento y desafección política, que se traducen en no votar, o votar en blanco o nulo, hacer un voto de castigo por un partido antisistema, rechazar el orden político establecido, criticar sistemáticamente lo que ocurre, manifestar un malestar subyacente general, etc. El aumento de la abstención en los procesos electorales, así como las tendencias de fragmentación de voto y de volatilidad, y el fuerte aumento del voto blanco y nulo —que está llegando en algunos países a sumar

más papeletas que algunos partidos intermedios—, revela que estamos ante problemas muy serios de distanciamiento político, que se manifiestan más agudamente entre determinados sectores sociales. Especialmente entre las nuevas generaciones.

- Las tendencias de debilidad asociativa que se están dando en muchos países: con niveles decrecientes de implicación y escasa disposición política asociativa y participativa. Lo que revela que estamos ante una crisis del capital social (Putnam). En consecuencia, tenemos sociedades más frágiles, con retrocesos en los lazos sociales y políticos, poco estructuradas y crecientemente pesimistas, en un contexto general de democracias pasivas, en las que muchos ciudadanos viven de espaldas a la política establecida.
- La ausencia de un sistema eficaz de rendición de cuentas, que genera desconfianza y da lugar a que cada vez más ciudadanos piensen que no es suficiente con poder discrepar o emitir un eventual voto de reprobación cada cuatro años. Por ello, tienden a multiplicarse las valoraciones críticas sobre la fiabilidad política de los modelos actuales de representación, sobre «los políticos» y sobre los fallos en la rendición de cuentas. ¿Por qué no se cumplen las promesas electorales? —se preguntan muchos ciudadanos—. ¿Qué se puede hacer para que no se nos engañe? Y todo esto ha surgido porque en las sociedades actuales se están dando casos extremos y descarados de ambigüedad calculada y de incumplimiento inmediato y casi automático de las promesas electorales. Lo que alienta reacciones de ira política, de indignación ante los engaños y de un malestar político de fondo que suscita una desafección creciente. Por eso, no resulta sorprendente que en los últimos informes sobre riesgos globales del Foro de Davos y en otros documentos prospectivos acreditados se empiece a hablar de riesgos de crisis política y de posibilidades de fenómenos de desafección a gran escala.

GRÁFICO 2.10.—*Evolución de las percepciones sobre el poder actual de los Bancos y del Parlamento (% que creen que tienen mucho poder)*



Fuente: GETS, *Encuestas sobre Tendencias Sociales*, varios años.

- Acentuación de las percepciones oligarquizantes sobre el poder, con sus correspondientes efectos de distanciamiento, impotencia, cinismo y frustración ciudadana. Los datos empíricos de diversas encuestas (no solo las del GETS) evidencian que cada vez más personas piensan que el auténtico poder lo detentan actualmente los grandes grupos económicos, que son «los que de verdad mandan». En el caso de España, la evolución comparada, por ejemplo, del poder atribuido a los Bancos, respecto al Parlamento, muestra una secuencia dualizada bastante acusada, y cada vez más enfatizada (véase gráfico 2.10).
- Tendencias a efectuar balances funcional-operativos de la democracia en términos negativos. ¿En qué contribuye o vale la actual democracia para solucionar mis problemas y necesidades? —se preguntan cada vez más personas (sobre todo aquellas a las que les va mal)— ¿Para qué sirve este sistema? ¿Es funcional para lo que yo necesito? Tal tipo de cuestionamientos empiezan a ser bastante frecuentes entre jóvenes que tienen pocas perspectivas de futuro y en personas sin empleo, con escasos ingresos, con poca calidad de vida y trabajo, etc. ¿Evolucionaremos hacia algo parecido a lo que aconteció durante los años de la Gran Depresión? «Si me dan la espalda, si la sociedad no cumple conmigo y no me da oportunidades, ¿por qué no hago yo lo mismo?», se dicen algunos ciudadanos. Por eso, hay que ser conscientes de que los actuales problemas

sociales y los déficits funcionales de nuestros sistemas políticos, si no se corrigen adecuadamente, podrán acabar siendo fuente de más problemas sociales y de más cuestionamientos sobre la funcionalidad de los sistemas políticos establecidos. De ahí que las tendencias hacia una creciente exclusión social sean un problema adicional y acumulado.

- Tendencias hacia la explicitación y acentuación de nuevas propuestas y demandas ciudadanas (más o menos subyacentes, latentes o explícitas) de más participación, más honradez, más mecanismos de participación directa y codecisión, referéndums, etc., como hemos visto a lo largo de este capítulo. En definitiva, con tales demandas los ciudadanos dan un ejemplo de sabiduría popular, que se orienta a intentar solucionar dos de los principales déficits políticos actuales: el déficit de participación y el déficit de transparencia y honradez. En su conjunto, para lograr superar la actual situación política crítica, el elemento sustantivo (la función) es alcanzar más participación, y una de las vías operativas (protagonista) es la honradez.

En definitiva, lo que todo esto plantea es la necesidad de acometer una nueva etapa histórica de desarrollo y perfeccionamiento democratizador, entendida como algo lógico y positivo. El problema es que, si no se logran avances constatables, habrá una sensación de frustración y estancamiento. Por ello es preciso ampliar y completar el proceso democratizador que algunas sociedades emprendieron hace apenas dos siglos. Y esto no se podrá hacer con simples brindis al sol o con generalidades vaporosas —y mucho menos con regresiones e involuciones—, sino que deberá realizarse de manera institucionalizada y concreta, con garantías y procedimientos rigurosos y verificables. ¿Se está haciendo? ¿Existen propuestas intelectuales de fondo y alternativas programáticas suficientemente precisas y claras sobre estas cuestiones?

En realidad, hay que reconocer que hasta la fecha las propuestas teóricas que se han formulado sobre este particular son un tanto genéricas y escasas. ¿Estamos ante una crisis de imaginación intelectual y política? —podríamos preguntarnos— ¿O nos encontramos solo

ante el principio de un movimiento de fondo que, de momento, solo se manifiesta de manera tentativa y reactiva, resaltando en mayor grado lo que *no se quiere*, e indicando solo «aproximadamente» la dirección a seguir y las perspectivas por las que hay que avanzar?

En cualquier caso, y para prevenir escepticismos y sensaciones de vértigo, habría que recordar lo que señaló en momentos difíciles el presidente Roosevelt de Estados Unidos, cuando afirmó que en circunstancias de grave crisis «solo hay que tener miedo al miedo». Hoy a lo que hay que tener miedo es a la falta de ideas y a la parálisis política. Por lo tanto, hay que estimular tal tipo de ideas, proyectos y debates. ¿Cómo? Esa es la cuestión. Habrá que estar dispuesto a explorar distintas fórmulas. Pero lo importante es entender que tenemos que lograr que el futuro resulte más esperanzador, entre otros aspectos en lo que concierne a la «mejora de nuestras democracias» y a la honestidad y eficacia de nuestros sistemas políticos.

Para hacernos una cierta idea de las posibilidades que existen de explorar el terreno de los desarrollos democratizadores e implicativos habría que empezar por trazar —y estudiar y evaluar— un mapa general de la democratización posible (véase cuadro 2.2).

8. LAS DEMOCRACIAS DEL SIGLO XXI: TENDENCIAS, POSIBILIDADES Y OBJETIVOS

Como venimos resaltando, la democracia no es solo una cuestión de ideas, anhelos y propósitos, sino que la democracia es un modelo político de carácter específico que se ha venido sustanciando históricamente a partir de estructuras sociales concretas, en las que surgen necesidades políticas y en las que se plantean exigencias y demandas por parte de los ciudadanos y los grupos y sectores organizados.

Por ello, la historia concreta de la democracia, en su desenvolvimiento práctico, es el resultado de la interacción de un conjunto de tendencias y posibilidades, en el marco de unas estructuras de poder que se ven afectadas e influidas por los cambios que se producen tanto en las dinámicas sociales en sí, como en las mentalidades y las orientaciones culturales de la población. En definitiva, lo que debemos entender es que los debates sobre los desarrollos de la democra-

cia no son debates exclusivamente «ideológicos» y «propositivos» —y en cierto modo descarnados de la realidad—, sino que son debates que abarcan todos aquellos componentes de la estructura social y de la evolución de las culturas ciudadanas y las mentalidades sociales que en un momento histórico específico permiten abordar la traducción práctica e institucional de unos determinados anhelos sociales y objetivos políticos.

De hecho, la experiencia histórica demuestra que la democracia, como tal, se ha desenvuelto progresivamente en contextos sociales precisos que demandaban y/o hacían posibles tales cambios políticos. Por lo tanto, hay que entender que estamos ante procesos que son fruto de la propia evolución histórica, y no absolutos que se hayan alcanzado de manera completa y casi súbita en un determinado momento. Primero, en algunas naciones se avanzó en el reconocimiento de los derechos y libertades de las personas y luego se fue progresando en el reconocimiento de las posibilidades de elegir y ser elegido para el ejercicio de los puestos de representación. El propio derecho al voto se conquistó de manera paulatina: primero, se conquistó el voto censitario, luego el sufragio universal masculino, después el voto de las mujeres, los jóvenes, etc.

En esta perspectiva, Marshall presentó la dinámica democratizadora en términos de una expansión progresiva de la ciudadanía en las tres grandes etapas que antes indicamos. Pero ¿significa esto que una vez conquistada la tercera etapa de «ciudadanía social» ya no quedan más estadios y más logros que alcanzar? Incluso, ¿no habría que intentar asentar y garantizar lo ya alcanzado mediante otros avances y garantías? Como hemos comprobado, la opinión pública, en países como España, piensa que hay nuevas metas que alcanzar y no pocas conquistas que deben ser garantizadas y recuperadas.

También en el plano teórico está cada vez más presente la idea de que hay que avanzar en los desarrollos democráticos. En la literatura sobre el tema, se habla de la necesidad de una «democracia deliberativa», una «democracia fuerte», una «democracia postliberal», una «democracia participativa», una «democracia desarrollada», etc. Todo lo cual apunta en la dirección de unos logros democratizadores pendientes, que indican que aún hay cosas por hacer y desarrollar en el

plano de los sistemas políticos. O, si preferimos decirlo en otros términos, evidencian que la historia aún no ha acabado.

En definitiva, estamos en una de esas coyunturas históricas en las que se impone hacer un balance objetivo de lo que hasta ahora se ha logrado, identificando los elementos que funcionan y no funcionan en nuestros sistemas, los malestares, las disfunciones y los distanciamientos que están surgiendo, así como las perspectivas que se abren en relación a las conquistas que se alcanzaron en el pasado y que debemos intentar que no sean cuestionadas de nuevo. El hecho de que la opinión actual sea bastante favorable a la democracia y a los procedimientos democráticos como tal nos puede prevenir de lo que ocurrió en los años treinta del siglo pasado, cuando bastantes ciudadanos opinaban que «es mejor —y hasta necesario— que un líder fuerte decida por todos» (Escala F).

Ahora, lo que caracteriza nuestro tiempo es una apreciable aceptación de los criterios y valores democráticos, al tiempo que se detectan signos de regresión (económica, social y política) y elementos serios de preocupación. De ahí la necesidad de profundizar de una manera rigurosa, en base a informaciones políticas contrastadas, en el análisis de las necesidades y demandas ciudadanas y en la presentación/definición paralela de las alternativas y posibilidades existentes, a partir tanto de las apreciaciones ciudadanas, como de la opinión de los expertos, mediante Estudios Delphi sobre este tema¹³.

Para conformar un modelo de análisis adecuado sobre estas cuestiones, habría que fijar un marco específico sobre las tendencias que van a influir en la dinámica de la democratización en los próximos años, en atención a cuestiones como:

- Los problemas de la desafección, de la antipolítica y de las crisis de legitimidad.
- La alienación y el extrañamiento político y ciudadano.
- La economización de las altas decisiones políticas (¿quiénes mandan?).

¹³ Véase, en este sentido, por ejemplo, José Félix Tezanos, Juan José Villalón y Ainoa Quiñones, *Estudios Delphi sobre Tendencias Económicas, Sociales y Políticas*, Madrid, Editorial Sistema, 2011.

DEMANDAS CIUDADANAS SOBRE CALIDAD DEMOCRÁTICA

91

CUADRO 2.2.—*El mapa general de la democratización*

Esferas de referencia	Ámbitos institucionales	Enfoques tradicionales (preliberales, liberales y neoliberales)	Enfoques democratizadores (postliberales, participativos, deliberativos, etc.)	Contenido de-mocratizador general
<p>Política (multitudinaria activa)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Parlamentos. • Debates públicos. • Partidos políticos. • Representantes institucionales. • Movimientos sociales. • Medios de comunicación social. • Otras instancias de participación y codificación. • Grado de desarrollo institucional. • Relaciones internacionales. 	<ul style="list-style-type: none"> • Delegativos y poco receptivos. • Muy circunscritos, apagados y poco influyentes. • Centralistas y semiautoritarios. • No rinden cuentas, vicarizados y penetrados por intereses económicos y personales («la política como medio de vida y privilegio»). • Sin poder político. • Dirigistas, poco pluralistas y controlados por grandes poderes económicos. • No existen o apenas tienen relevancia. • Esquemático e inmovilista. • Inspiradas por criterios de dominación y control 	<ul style="list-style-type: none"> • Democráticos y receptivos, con mecanismos efectivos de rendición de cuentas. • Intensos y estimulados públicamente. • Participativos, horizontales e implícitos. • Interpenetrados socialmente y democratizados (en su selección) y fiscalizados, con transparencia. • Con poder e influencia coadyuvante (desde las bases). • Abiertos, pluralistas y accesibles a las diferentes opciones. • Consejos sociales, organismos deliberativos, sistemas de consulta, «núcleos de intervención participativa», «jurados ciudadanos», referendums e iniciativas populares (incluso referenciativas), etc. • Crecientemente complejo y dinámico. • Inspiradas por criterios de solidaridad y cooperación 	<p>Democracia postliberal</p>	

Esferas de referencia	Ámbitos institucionales	Enfoques tradicionales (preliberales, liberales y neoliberales)	Enfoques democratizadores (postliberales, participativos, deliberativos, etc.)	Contenido democratizador general
Economía (social)	<ul style="list-style-type: none"> • Presupuestos. • Impuestos. • Rentas. • Trabajo. • Sindicatos y organizaciones de representación de intereses económicos. • Otras instituciones económicas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Elaborados por «expertos» desde arriba y cerrados. • Ordenados, genéricos y poco equitativos. • Desiguales; con pobreza y exclusión social. • Impuesto, jerarquizado y deteriorado. Riesgos de paro, precarización, subempleo, etc. • En declive y sin papeles decisivos. • Darwinismo social, mercados asimétricos, falta de consideración a los costes sociales, personales, medioambientales, etc. Empresas condicionadas e insensibles. 	<ul style="list-style-type: none"> • Participativos, socializados y verificados. • Progresivos, equitativos, asimétricos en parte («bonos» de representación y posibilidades de opciones fiscales personalmente orientadas). • Armonizadas y distributivas; compromiso por unos ingresos mínimos para todos (con reciprocidad activa). • Participativo, autorregulado, acotado y ajustado temporalmente. • Renovados y con nuevos papeles y responsabilidades institucionalmente definidas. • Inspiradas por criterios de reciprocidad, equilibrios sociales y medioambientales y solidaridad intergeneracional, intergénero, etc. Responsabilidad social corporativa (personal, medio-ambiental, etc.). 	Democracia económica

DEMANDAS CIUDADANAS SOBRE CALIDAD DEMOCRÁTICA

Esferas de referencia	Ámbitos institucionales	Enfoques tradicionales (preliberales, liberales y neoliberales)	Enfoques democratizadores (postliberales, participativos, deliberativos, etc.)	Contenido de democratizador general
Sociedad-cultura (solidaria y ejemplar)	<ul style="list-style-type: none"> • Familia. • Escuela. • Costumbres y usos sociales. • Sistemas de valores. • Lenguaje. 	<ul style="list-style-type: none"> • Patriarcal. • Competitiva, dualizada (elitista versus pública) y moralmente neutra. • Desigualitarios, jerarquizantes, desimplicativos y aisladores. • Individualistas, insolidarios, justificadores de las asimetrías y resignados. • Imbuído de contenidos discriminadores (sexistas, clasistas, etc.). 	<ul style="list-style-type: none"> • Simétrica, familia «pública» (apoyada). • Comprometida, socializadora, libre, creativa y con igualdad de oportunidades reales. «Comunitarización de las escuelas» en sus entornos. • Igualitarios, integradores; nuevas «fraternidades genéricas», nuevos criterios comunitarios. • Solidarios, altruistas, universalistas y promotores de una mayor autoresponsabilidad y equiparación social, enfatizadores de la honestidad pública y de la corresponsabilidad. • Depurado de contenidos discriminatorios; neutral y equiparador. 	Sociedad simétrica de iguales

Fuente: José Félix Tezanos, *La democracia incompleta. El futuro de la democracia postliberal*, ob.cit., pág. 312 (versión ampliada).

- Las dinámicas de fragmentación, trivialización y futilización de la política (la política como espectáculo).
- Los riesgos de secundarización y segmentación ciudadana, afectada por factores económicos y laborales (ciudadanía social).
- La problemática de la exclusión social, sobre todo entre las nuevas generaciones y entre los parados de larga duración, es decir, «los nuevos desesperados».

A partir del análisis de tales tendencias y problemas, habría que analizar cómo se conforman las *necesidades* específicas para el desarrollo democratizador y para el asentamiento de una buena funcionalidad de los sistemas políticos.

Una vez precisado y clarificado el plano de la *objetividad social* (tendencias y problemas), y una vez explorado el plano de las *necesidades*, el tercer nivel de análisis se ha de situar en el plano de la *conciencia ciudadana*, tal como esta se viene reflejando y evolucionando a través de las opiniones, actitudes, valoraciones, disposiciones, etc.

Lógicamente, la conciencia ciudadana, como expresión de un determinado grado de comprensión de diversos problemas conectados a un repertorio de reivindicaciones, estará en función: a) de lo que se necesita (se siente como necesario), b) de lo que se considera o merece más atención (objetivos, metas, teorías, etc.) y c) de lo que se ve como alcanzable o factible, bien por ser verosímil, bien por la correlación de fuerzas y poderes existentes en un momento dado, bien por su exigencia inexcusable.

En este marco general de análisis, las evidencias empíricas de las que se dispone indican, como hemos comprobado, que bastantes ciudadanos se encuentran inmersos en una compleja mezcla de sentimientos críticos y a veces distanciados, e incluso cínicos, combinados con exigencias de más calidad de la democracia que —paradójicamente— coinciden con otras actitudes de pasividad y resignación ante determinadas «cosas» que ocurren en sociedades como las actuales (como la compra o vicarización de votos y escaños, las guerras *ad hoc*, la existencia de grupos económicos con presencia en gobiernos, con diputados de «empresas», con grandes

«magnates» elevados por los votos al poder, con el incumplimiento de las promesas electorales, etc.).

En buena medida, muchos de estos elementos de descrédito de la política se relacionan con los actuales problemas de escala que dan lugar a un mayor «descontrol» de varios ámbitos de poder —y de articulación de privilegios— a nivel mundial, con la conformación de espacios políticos globales inalcanzables, donde se ventilan *de facto* grandes cuestiones y decisiones sobre la «política económica» (y por ende social) y donde se *bunkerizan* privilegios inmunes a cualquier posible influencia o control político institucionalizado. Esto es lo que ocurre con los paraísos fiscales, donde se calcula que está residienciada —y protegida— una parte muy apreciable de la riqueza mundial; especialmente la de los grandes patrimonios, las empresas multinacionales y el dinero negro. Todo lo cual evidencia que tenemos retos políticos muy serios que exigen acometer las tareas necesarias de reestructuración de la arquitectura política mundial. Y, para ello, hay que empezar por modernizar y poner al día a los partidos políticos, con modelos más inclusivos, igualitarios y participativos.

Frente a la situación existente, pues, es necesario perfilar un *cuadro preciso de alternativas*, a partir de:

- Lo que demanda la opinión pública y lo que ofrecen y plantean los «teóricos» y los expertos que estudian estas materias, con objetivos bien formulados y bien traducibles (el mapa de la democratización), en correspondencia paralela a la expresión de las necesidades formuladas y las mejoras funcionales que son factibles.
- Lo que plantean los agentes sociales y políticos. ¿Qué fuerzas políticas pueden —y deben— impulsar estos planteamientos y a partir de qué apoyos y sectores sociales y con qué modelos organizativos?
- Los vectores democratizadores y los impulsos reformadores (políticos, ideológicos y sociológicos), que se conectan con el grado actual de descontento y de desafección política alcanzada.

¿A qué conclusiones podemos llegar a partir de todo lo que hasta aquí se ha analizado? ¿Qué se podría lograr en el horizonte de desarrollo democrático? ¿Qué se tendría que hacer para traducir en la práctica, de manera clara e institucionalizada, algunas de las posibilidades y demandas existentes en pro de una mayor calidad democrática? ¿Cómo habría que hacerlo? ¿Con qué apoyos?